

CUARTO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Cada uno de nosotros que ha sido afectado por la adicción de un ser querido ha estado en un punto crucial en el que nuestras formas habituales de sobrellevar las cosas dejaron de funcionar. Estuvimos dispuestos a hacer lo que antes no haríamos: pedir ayuda y seguir un nuevo conjunto de indicaciones. En ese momento, la autosuficiencia se transforma en la necesidad de tener a Dios, dejándonos con lo que podríamos llamar pobreza de espíritu. Puede ser que no hayamos elegido las circunstancias que nos llevaron hasta allí, pero podemos elegir qué hacer con lo que se abre frente a nosotros.

Ser pobre de espíritu significa dejar de fingir que podemos manejar las decisiones, los resultados o la sanación de otra persona. Significa convertirse en un recipiente vacío, disponible para que la gracia de Dios sea derramada en él. Así como la arcilla debe ser blanda y maleable para que un alfarero pueda darle forma, estamos llamados a la humildad que permita a Dios tomar la iniciativa. En lugar de buscar consuelo en el control, el rescate, la reparación o en interminables escenarios mentales, empezamos a encontrar consuelo en algo más sereno y fuerte: vivir cada día con los pies puestos en la fe, en poner límites y en la confianza. Podemos vivir con la integridad de la acción diaria que fortalece nuestra serenidad y nuestra dependencia de la Gracia de Dios.

Puede ser fácil confundir la desesperación con la valentía. Quizá estemos más dispuestos a rendirnos cuando las cosas se están desmoronando que cuando todo parece estar bien. Sin embargo, la recuperación nos enseña a aprovechar esa disposición inicial y construir rasgos duraderos que nos mantengan en devoción hacia Dios y hacia nuestra sanación. El objetivo no es mantenerse en la desesperación. El objetivo es mantenerse con disposición.

Tanto la recuperación conforme a los Doce Pasos como la fe católica presentan testimonios sobre lo que es una vida feliz. Una

de las descripciones más directas se encuentra en el Evangelio de este domingo (Mateo 5, 1-10), cuando Jesús proclama las Bienaventuranzas ante una multitud atenta a Sus palabras:

Cuando Jesús vio a la muchedumbre, subió al monte y se sentó. Entonces se le acercaron sus discípulos. Enseguida comenzó a enseñarles, hablándoles así: “Dichosos los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos. Dichosos los que lloran, porque serán consolados. Dichosos los sufridos, porque heredarán la tierra. Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados. Dichosos los misericordiosos, porque obtendrán misericordia. Dichosos los limpios de corazón, porque verán a Dios. Dichosos los que trabajan por la paz, porque se les llamará hijos de Dios. Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos.”

Para quienes amamos a alguien que lucha contra la adicción, las Bienaventuranzas describen una forma de vida que a menudo es lo opuesto a nuestros instintos. Cuando el temor aumenta, podemos intentar controlarlo. Cuando la incertidumbre crece, podemos intentar solucionar las cosas. Cuando estamos heridos, podemos reaccionar, retirarnos o revivir viejas conversaciones en nuestra mente. Jesús nos ofrece otro camino. La pobreza de espíritu se traduce en la disposición a admitir que no podemos controlar las decisiones de otra persona y que nuestra paz no puede depender de su comportamiento. El duelo se convierte en una aflicción honesta, no en negación. La mansedumbre se convierte en fuerza que no impulsa los resultados. La misericordia se convierte en la capacidad de ser compasivo sin caer en la complacencia hacia los demás. La construcción de la paz se convierte en la capacidad de elegir límites serenos y claros en y acciones de oración en lugar del desorden emocional.

Es ahí donde la desesperación se convierte en valentía. Seguimos practicando disciplinas espirituales después de que termina una

crisis. Volvemos a las juntas de grupo, buscamos consejo, oramos de forma sencilla y actuamos de manera correcta. Con el tiempo, Dios transforma nuestros corazones. Empezamos a experimentar la libertad, aunque nuestro ser querido siga luchando. El Reino de los Cielos se acerca cuando vivimos en la verdad, en la confianza y en la entrega constante, un día a la vez.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿En qué lugares notas que el control, el rescate o la reparación se presentan de una manera más constante en este momento de tu vida?
- ¿Cuál Bienaventuranza te resulta más difícil de vivir en tus circunstancias actuales, y por qué?
- ¿Qué límite has puesto o que práctica espiritual te ayuda a cuidar la serenidad mientras sigues amando de forma correcta a tu ser?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Sofonías 2, 3; 3, 12-13

SALMO RESPONSORIAL Salmo 146, 6-7, 8-9, 9-10

SEGUNDA LECTURA 1 Corintios 1, 26-31

EVANGELIO Mateo 5, 1-12a